

# Presencia y ausencia de populismo: un contrapunto colombo-venezolano\*

MARCO PALACIOS

Malparida

*Esos señores piensan que la voluntad del pueblo está en la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque realmente está y porque ha conquistado este pueblo de mano de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede; todo lo demás es gente que vegeta con más o menos malignidad, o con más o menos patriotismo, pero todos sin ningún derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos. Esta política que ciertamente nos es la de Rousseau, al fin será necesario desenvolverla para que no nos vuelvan a perder esos señores. (...) ¿No le parece mi querido Santander, que esos legisladores, más ignorantes que malos y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina?*

(Simón Bolívar a Francisco de Paula Santander, 13 de junio de 1821)

## SOBRE POPULISMO Y VIOLENCIA

En este ensayo sugerimos que la ausencia de populismo condujo en Colombia a la violencia política y social mientras que en la vecina Venezuela el populismo faci-

litó la democracia pactada en 1958 y la realización de un conjunto de reformas sociales que ahorraron a los venezolanos la violencia política, aún en la década guerrillera de 1960<sup>1</sup>. Es evidente, sin em-

MARCO PALACIOS  
Historiador,  
profesor de  
El Colegio de  
México.

(\*) Alicia Puyana, Ana María Bejarano y el evaluador anónimo de *Análisis Político* hicieron una lectura crítica del texto, originalmente presentado al coloquio "Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos", que se reunió bajo los auspicios del Instituto de Estudios Políticos de París y El Colegio de México, el 20 y 21 de octubre de 1999. Sus atinadas observaciones, de concepción y detalle, permitieron mejorarlo. Los errores son exclusivos del autor.

(1) Muchos analistas venezolanos no dudan en caracterizar el régimen político de su país como populista. Véanse, desde distintas perspectivas analíticas e ideológicas, Romero, Aníbal. *La miseria del populismo*. Ediciones Centauro: Caracas, 1987 y Britto García, Luis. *Las máscaras del poder. 1/ Del gendarme necesario al democrata necesario*. Ediciones, Aldafil: Caracas, 1988 y en *El poder sin máscara. 2/ De la concertación populista a la explosión social*. Ediciones Aldafil: Caracas, 1989.

bargo, que la nueva democracia venezolana cristalizó en una partidocracia compartida por Acción Democrática (AD), y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (Copei), tachada de corrupta desde la década de 1970 y que empezó a hacer agua a raíz del *Caracazo* de 1989. El resultado fue el colapso del sistema bipartidista venezolano, el ascenso de fuerzas políticas alternativas y la aparición de un régimen refrendado en las urnas y encabezado por quien, en 1992, fuera un oscuro golpista: el coronel Hugo Chávez Frías.

Formulado el contrapunto colombo-venezolano como la disyuntiva populismo o violencia, habría que mencionar desde ahora que las guerrillas revolucionarias y diversas modalidades de contrainsurgencia parecen arraigar mejor en países como Nicaragua, Guatemala o El Salvador que, al igual que Colombia, se caracterizaron por la inexistencia o fracaso de los populismos.

En una Centroamérica caracterizada por la persistencia de oligarquías agrarias y dictaduras resaltan dos excepciones: por un lado, Panamá, cuya vida estatal y nacional estuvo limitada en el siglo XX por la geopolítica norteamericana, aunque ésta no pudo impedir el nacionalismo populista de los regímenes de los generales Omar Torrijos y Manuel Antonio Noriega; por el otro, Costa Rica. La excepcionalidad costarricense en Centroamérica se hizo más evidente en la segunda mitad del siglo XX y puede atribuirse a la victoria en la guerra civil de 1948 de un peculiar modelo que quizás podríamos llamar "socialdemócrata" (con claros antecedentes

en la década de 1930) y a la Constitución Política que la ritualizó e institucionalizó reglas de juego electoral para acreditar la competencia y minimizar el fraude. En cualquier caso, el contundente triunfo que obtuvo en las urnas el Partido de Liberación Nacional en 1951, salvó a ese país cafetalero de transitar las vías de violencia política<sup>2</sup>.

Aparte de la debilidad de las experiencias guerrilleras en Venezuela en la década de 1960, habría que mencionar de pasada un caso similar en el escenario peruano en la década de 1980 y comienzos de los años 90. En estos casos, el fracaso de los experimentos insurgentes puede atribuirse en buena parte a la capacidad de los Estados y las fuerzas políticas de aislarlos de las capas populares potencialmente movilizables. Dicha capacidad se origina en el legado de las experiencias populistas. Así, por ejemplo, la reforma agraria emprendida por el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado en los años 70, pese a todos sus retrocesos y distorsiones, ayuda a explicar los límites que *Sendero Luminoso* encontró en el campesinado. Lo que no obsta para imputar al cosmocratismo de dicho movimiento la responsabilidad fundamental de su propio fracaso<sup>3</sup>. "Cosmócrata" debe ubicarse dentro del marco conceptual formulado por David Apter: la violencia política aparece en un continuo cuyos extremos serían, un modelo logocéntrico que, como "capital simbólico", acentúa el intercambio violento de significado lingüístico o discursivo, y un modelo econocéntrico que subraya el canje violento de poder, dinero y mujeres<sup>4</sup>. En este conti-

(2) El tema de la democracia costarricense sigue abierto. La visión convencional puede encontrarse en Alfaro Monge, Carlos y Wender, Ernesto J. *Historia de Costa Rica*. Fondo de Cultura de Costa Rica: San José, 1947. Para una introducción revisionista, ver Lehoucq, Fabrice. "Class Conflict, Political Crisis and the Breakdown of Democratic Practices in Costa Rica: Reassessing the Origins of the 1948 Civil War". En: *Journal of Latin American Studies*. Vol. 21, No. 1, 1991, pp. 37-60.

(3) Degregori, Carlos Iván. "The Maturation of a Cosmocrat and the Building of a Discourse Community: The Case of Shining Path". En: Apter, David (editor) *The Legitimation of Violence*. New York University Press: Nueva York, 1997, pp. 33-82.

(4) Apter, David E., "Political Violence in Analytical Perspective". En: *Ibid.*, pp. 1-32.

nuo *Sendero Luminoso* estaría más próximo del polo logocéntrico y las guerrillas colombianas del econocéntrico<sup>5</sup>.

Este ensayo plantea algunas consideraciones preliminares sobre los contextos históricos del populismo y, a partir de éstas, ofrece una sumaria narración de la segunda mitad del siglo XX.

## **SOBRE EL POPULISMO: ANTIGUOS Y MODERNOS**

¿Por qué en Latinoamérica las reivindicaciones populares tienden a llegar a un campo dominado por populistas? Quizás no ocurra así en todos los países, ni sea una constante histórica. El fenómeno recoge dos tipos de presión: la crisis del Estado liberal latinoamericano, basado en las oligarquías agroexportadoras, y las del sistema internacional que por entonces, a diferencia de nuestros días, promovía la construcción estatal nacional. En esta conjunción, los populistas descubrieron

cómo la arraigada desigualdad social impedía la modernización estatal y la integración del pueblo en la nación<sup>6</sup>. *Descubrimiento acompañado de otro: las instituciones liberales y representativas no creaban por sí solas los requisitos mínimos de homogeneidad de los súbditos ante la ley y ante el sistema judicial, atributo de cualquier Estado moderno*<sup>7</sup>.

Los populistas pretendieron atenuar la apabullante y multifacética desigualdad de las sociedades latinoamericanas y el peso de tradiciones políticas coloniales mediante la movilización política y la acción estatal. Para ello emplearon mecanismos distributivos y aprendieron a manejar ritos y símbolos igualitarios. En cuanto esta pretensión adquirió visos de verosimilitud, los populismos ganaron una base social duradera y unas lealtades intransferibles, como lo comprueba, entre otros, el movimiento justicialista argentino.

Subrayemos desde un comienzo que el *status* teórico del populismo es más pre-

- 
- <sup>(5)</sup> Deas, Malcolm. "Violent Exchanges: Reflexions on Political Violence in Colombia". En: *Ibid.*, pp. 350-404. Publicado en español como "Canjes violentos: reflexiones sobre la violencia política en Colombia". En: Deas, Malcolm y Gaitán Daza, Fernando. *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Fonade/DNP: Bogotá, 1995, pp. 1-86.
- <sup>(6)</sup> Los estudios clásicos del populismo latinoamericano fueron publicados en los años 60 y nos remiten a los nombres de Germani, Ianni, T. DiTella, Weffort, Cardoso y Faletto. Véase también la crítica de Laclau, Ernesto. *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*. Atlantic Highlands, 1977. Remito al lector a las principales síntesis y revisiones bibliográficas más recientes: Braun, Herbert, "Populismos latinoamericanos". En: Unesco, *Historia General de América Latina*. Vol. VIII (de próxima publicación); Knight, Alan. "Populism and Neo-populism in Latin America, especially Mexico". En: *Journal of Latin American Studies*. Vol. 30, 1998, pp. 223-248; Vilas, Carlos M. "Latin American Populism: A Structural Approach". En: *Science & Society*. Vol. 56, No. 4, invierno 1992-93, pp. 389-420; de la Torre, Carlos. "The Ambiguous Meanings of Latin American Populisms". En: *Social Research*. Vol. 59, verano, 1992, pp. 385-412. Para Colombia, en particular para el desafío populista de Jorge Eliécer Gaitán, debemos el análisis histórico y sociológico más comprensivo a Pécaut, Daniel, *Orden y violencia en Colombia, 1930-1954*, 2 vols., Siglo XXI Editores: Bogotá, 1987.
- <sup>(7)</sup> Un supuesto de esta situación es que exista una dinámica sociedad civil. A este respecto, véanse los sugerentes análisis de Elsenhans, Hertmurt. "Economie sous-développée et société civile: Surcharge du système politique et possibilités de Pluralisme Politique". En: *Actes du Colloque Pluralisme Social, Pluralisme Politique et Démocratie*. Tunes, 12 al 17 de marzo de 1990, Cahier du Ceres, No. 19, Tunes, 1991, pp. 23-51 y "Autonomy of Civil Society, Empowerment of Labour and the Transition to Capitalism", ponencia presentada al XVII Congreso mundial de la Asociación Internacional de Ciencia Política, Seúl, 17 a 21 de agosto de 1997 (mimeo), que obligan a plantearse en un plano analítico qué tan aplicable resulta la categoría sociedad civil en América Latina. "La única sociedad civil que existe en Colombia es una sociedad civil armada", sentenció Daniel Pécaut. Entrevista en la revista *Estrategia*. Bogotá No. 247, 15 de noviembre, 1996, pp. 9-12.

cario aún que el del nacionalismo y el fascismo<sup>8</sup>. Los populistas son una creación de los analistas. A diferencia de los liberales, los comunistas, o los verdes, los populistas no se llaman a sí mismos como tales. El apelativo les viene de afuera, como un insulto. Populista es un adjetivo elástico y ambiguo. En América Latina parece tratarse de un producto lingüístico de los conflictos estatales y sociales que irrumpen cuando el orden capitalista industrial trata de gestarse y consolidarse. En el plano político se expresa como un conjunto de tensiones entre el constitucionalismo liberal de origen ilustrado, legitimador del dominio oligárquico, y la construcción estatal-nacional de la época de la política de masas, con sus peculiares variantes clientelistas del "Estado de Bienestar", que alcanzara su apogeo entre c. 1945 y 1975.

A partir de enfoques de base socioeconómica, "de lo tradicional a lo moderno", "de lo rural a lo urbano", se considera que el populismo latinoamericano tiene una generación de fundadores. Son los estatistas, proteccionistas y nacionalistas de los años 30 y 40 entre los que se incluyen Lázaro Cárdenas, Víctor Raúl Haya de la Torre, Getulio Vargas, el primer Juan Domingo Perón (con Evita), José María Velasco Ibarra, Rómulo Betancourt o Jorge Eliécer Gaitán. Puede considerárseles representantes del populismo de los antiguos, aludiendo quizás a su "democratismo" y "antiliberalismo", aunque en este breve listado habría fuertes discrepancias interpretativas, pues incluye civilistas liberales como Gaitán y autoritarios de origen militar como Perón.

También se habla de una desleída generación intermedia de los años 70 y co-

mienzos de los 80, época de los estertores del industrialismo estatista, en la que figuran militares golpistas y reformistas como Juan Velasco Alvarado y Omar Torrijos; el segundo Perón (con Isabelita), junto con políticos profesionales del Estado-PRI, como Luis Echeverría y José López Portillo; o como el primer Carlos Andrés Pérez y, un poco tardíamente, Alan García. Son considerables las diferencias entre los neopopulistas. Al abandonar las coordenadas económicas y sociológicas se hace más clara y pertinente la conocida tipología de Canovan, según la cual puede haber dictaduras populistas, democracias populistas, populismos reaccionarios y, finalmente, el populismo de los políticos<sup>9</sup>.

El carácter etéreo del fenómeno populista no es novedoso. En 1941, Rómulo Betancourt diferenciaba dos caminos de unificación nacional en América Latina: el primero, que llamó de "compactación mecánica", "desde arriba", y al que no dudó de acusar de dictatorial y proclive al fascismo fue el de Getulio Vargas en Brasil. El otro camino estaba en México, Chile, Colombia o Costa Rica. Sobre todo en México, país en el que este formidable constructor de partido encontró mejor plasmado el ideal:

Ayer bajo Cárdenas, como hoy bajo Ávila Camacho, México está gobernado por un partido: el Partido de la Revolución Mexicana. Empero, ese partido de gobierno, no obstante sentirse asistido de un potente respaldo colectivo, no es excluyente... el pueblo mexicano es el que presenta menores brechas al acechante peligro totalitario, así como a la acción antinacional de empresas imperialistas yanquis o británicas, porque está unificado internamente

<sup>8</sup>) Luego de sostener que la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo en la vida de nuestro tiempo (una "legitimidad emocional profunda"), Benedict Anderson constata que la teoría del nacionalismo no tiene un Hobbes, Marx o Weber y concluye que se facilitaría la comprensión si se trata al nacionalismo en la misma categoría que el parentesco o la religión y no en la del liberalismo o el fascismo. Para esto define la nación así: "una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana". Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión de los nacionalismos*. Fondo de Cultura Económica: México, D. F., 1993, pp. 22-25.

<sup>9</sup>) Canovan, Margaret, *Populism*. Junction Books: Londres, 1981.

alrededor de una plataforma de democracia política, valorizada con un rico contenido de democratización económica<sup>10</sup>.

El populismo de los políticos de que habla Canovan parece expresarse mejor aún en una tercera generación, el populismo de los modernos o neopopulistas, a la que pertenecen políticas como Menem, Fujimori, Salinas de Gortari, o neoliberales que surgen como populistas mediáticos: Collor de Melo en Brasil o Antanas Mokus en Bogotá, según la clasificación propuesta por Guy Hermet<sup>11</sup>.

En cuanto a los presidentes fuertes, que cierta moda no duda en adscribir a la familia neoliberal, se advierte cómo, escudados en el presidencialismo tradicional, adquieren rasgos populistas en cuanto tratan de desmantelar las estructuras de poder erigidas y consolidadas bajo la industrialización sustitutiva y que, hay que recordarlo, ya estaban bastante osificadas en los años 70 y 80<sup>12</sup>. Para alcanzar sus objetivos no dudaron en presentarse como hombres providenciales, en desplegar retóricas y poses tecnocráticas y en cortejar simultáneamente a las masas populares de sus respectivos países, al capitalismo internacional y a las burocracias multilaterales de Washington. Este cortejo los llevó a formar clientelas que, eventualmente, entraron en conflicto entre sí: *divide et impera*. Así, por ejemplo, puede proponerse que, en el caso de Salinas de Gortari, sus equipos de cortejo al capital internacional y a los directivos del FMI o del Banco Mundial, encabezados por Córdoba Montoya y Pedro Aspe,

terminaron en conflicto con los encargados del trabajo de recuperación de masas, como Manuel Camacho, el regente de la ciudad de México, metrópoli donde había sido irrefutable el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988.

Hoy parece redundante afirmar que los neopopulistas no tienen principios. Esto se debe a los cambios del contexto internacional y especialmente al retraimiento y debilitamiento de los Estados y a la consiguiente devaluación de las ideologías, acelerada por el fin de la Guerra Fría que gana velocidad a mediados de los 70<sup>13</sup>.

Para ir un poco más allá del lugar común del populismo instrumental hay que introducir un poco la historia del siglo XX. Entre los años 30 y 60, era pertinente esta pregunta: ¿Hay una veta revolucionaria en el populismo? Ambos, populistas y revolucionarios, intentaron acelerar el tiempo histórico. Al igual que los revolucionarios, los populistas no percibieron una mera crisis coyuntural en los años 30, sino una falla profunda en las estructuras sociales y el modelo constitucionalista. Sin embargo, en el populismo la aceleración histórica causada por la crisis del modo de articulación al mercado internacional, que afectó las relaciones básicas entre las clases y alianzas sociales y el fundamento legitimador de los Estados, terminó confundiendo con las movilizaciones integradoras que hicieron tan memorable la acción de los fundadores.

De este modo se hizo claro el porqué del conflicto ideológico y político entre populistas y revolucionarios. Para estos

(10) Betancourt, Rómulo. *Leninismo, Revolución y Reforma. Selección, prólogo y notas de Manuel Caballero*. Fondo de Cultura Económica: México, D. F., 1997, pp. 186-188.

(11) Hermet, Guy. "Le populisme des petits", ponencia presentada en el coloquio: *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. El Colegio de México, 1999 (mimeo).

(12) Sobre Menem y Fujimori, véanse: Palermo, Vicente. "A Political Approach to Argentina's 1991 Convertibility Plan". En: *Latin American Perspectives*. edición 101, Vol. 25, No. 4, julio 1998, pp. 36-62 y Crabtree, "Neo-populism and the Fujimori Phenomenon". En: Crabtree, John y Thomas, Jim. (editores), *Fujimori's Peru. The Political Economy*. Institute of Latin American Studies, University of London: Londres, 1998, pp. 7-23.

(13) Van Creveld, Martin, *The Rise and Decline of the State*. Cambridge University Press: Cambridge, 1999, pp. 258-262.

últimos la aceleración histórica era un hecho objetivo de la crisis general del capitalismo que podía aprovecharse productivamente de existir la vanguardia que sabe el *qué hacer* propuesto por Lenin. Desde una perspectiva de realismo maquiavélico, habrá que convenir que en América Latina los populistas antiguos y no los revolucionarios leninistas fueron los maestros en el arte de *qué hacer* con lo que se ha llamado masas disponibles. Esto se aprecia en las tres fases consecutivas de los populistas exitosos, aquellos que llegaron al poder estatal: primera, la movilización contra "el sistema"; segunda, la incorporación al sistema económico moderno y a la nación; tercera, la desmovilización, es decir, el encuadre de las masas y de la clase obrera en instituciones verticales, partidarias, estatales o, las dos juntas.

A diferencia de los programas populistas basados en la redistribución del ingreso, y eventualmente de la tierra a los campesinos, como en México bajo Cárdenas y en Guatemala bajo Árbenz, la izquierda revolucionaria planteó la distribución de la propiedad de los medios de producción, a la que debía seguir una acumulación socialista despiadada, así se sacrificara el bienestar de una o de varias generaciones, como lo puso de manifiesto el Che Guevara en su breve gestión de la política económica en Cuba.

Decisiva en este proceso que confronta populistas y revolucionarios es la fuente misma de la legitimidad. Los segundos la extraen de sí mismos, como encarnación que se consideran del progreso humano en la forma de la vanguardia social y de vanguardia de la vanguardia, el partido leninista. Por afines que los populistas puedan ser a la izquierda revolucionaria, obtienen la legitimidad del pueblo que participa en las elecciones dentro de marcos liberales que, simultáneamente, se

han encargado de denunciar como inadecuados, antidemocráticos, oligárquicos.

Desde esta perspectiva el populismo de los antiguos fue un movimiento de construcción estatal-nacional y de reforma, encaminado a alcanzar dos objetivos: Primero, superar la resistencia de los regímenes de liberalismo representativo, controlados por las viejas oligarquías de la era agroexportadora, al advenimiento de las masas populares a la vida política a través de la universalización del sufragio, a su incorporación al reino de la ciudadanía, estableciendo los derechos sociales y la igualdad de todos los nacionales frente a la ley. Segundo, contener la revolución social. En un sentido estratégico, lo que unifica los populistas y a sus adversarios o enemigos políticos, los oligarcas vendepatrias, no es "el miedo al pueblo", sino el miedo a la revolución social bajo la égida marxista-leninista. No en vano el gobierno de Rómulo Betancourt, que inauguraba la incipiente democracia venezolana, sería el principal enemigo latinoamericano de la Revolución cubana.

Frente a la polarización que la Guerra Fría trajo al hemisferio occidental, originada en Cuba, podría sorprender la línea política del Estado mexicano, caracterizado de populista. En este caso habría que subrayar de entrada la complejidad del juego de factores internos y externos. El régimen del PRI, ampliamente consolidado por el crecimiento económico y la estabilidad desde la posguerra, generaba confianza en una clase gobernante que ya había resuelto domésticamente el asunto del peligro comunista y que, legitimado por el nacionalismo de la Revolución, jugó la carta de la no-intervención.

La tensión entre liberalismo y democracia no es, obviamente, un fenómeno propio de América Latina<sup>14</sup>; tampoco lo es la rivalidad entre la democracia de origen liberal y la revolución social de tipo

<sup>(14)</sup> Margaret Canovan analiza recientemente este tópico (liberalismo-democracia), en "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy". En: *Political Studies*. Vol. 42, 1999, pp. 2-16.

marxista. En los países donde triunfó la revolución capitalista, particularmente en Europa, el impulso democrático terminó en socialismo o, cuando menos, en una democracia social (en las variedades cristiano-demócrata o socialdemócrata) que no ha podido impedir el desencanto ciudadano, la antipolítica y el resurgimiento de populismos de derecha como en el Frente Nacional en Francia y movimientos similares en los países escandinavos, Suiza o Austria, recientemente<sup>15</sup>.

### **SOBRE EL CONTRAPUNTO COLOMBO-VENEZOLANO**

Establecemos el contrapunto, destacando, en primer lugar, algunas diferencias de las tradiciones políticas en Venezuela y Colombia. En el siglo XIX, sus grandes parámetros fueron, respectivamente, el mandonismo a cargo de caudillos en armas y la guerra civil civilista. En la primera mitad del siglo XX, y particularmente en la coyuntura que nos interesa, esas formas culturales definieron dos estilos políticos diferentes. De la tradición decimonónica venezolana, que culminó en la larga dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-35), emergió el jefe verticalista formado en la cultura de la clandestinidad, y de la tradición bipartidista colombiana salió el acomodaticio político clientelar formado en una cultura caciquil que incluye sufragio y violencia local.

Pese a compartir unos orígenes nacionales enraizados en el pasado colonial y una frontera de más de 2.200 kilómetros, no hay una buena historia política comparada del siglo XX en Colombia y Venezuela. Ambos países estuvieron unidos en los esfuerzos de las guerras de independencia y formaron la República de Colombia fraguada por Simón Bolívar en 1819.

Disuelta en 1830-31, los actuales colombianos nos quedaríamos a la postre con el nombre primigenio de la República y los venezolanos con el culto al Libertador.

Desde las Insurrección de los Comuneros de Socorro (1781), los criollos colombianos, a diferencia de los venezolanos, han sido cerradamente antimilitaristas<sup>16</sup>. Así pues, algunos colombianos suelen envanecerse de una larga tradición liberal y constitucionalista. Desde 1830 hasta 1958, cuando se estableció la democracia en Venezuela, en esos 128 años hubo sólo cinco presidentes civiles con un total de siete años y medio de gobierno, mientras que en el mismo lapso en Colombia sólo hubo dos golpes militares con gobiernos que duraron cinco años. El Estado colombiano se desenvolvió a lo largo del siglo XIX bajo un orden constitucional; Colombia fue el primer país latinoamericano que aplicó la alternancia en el poder como resultado de unas elecciones. Eso ocurrió en 1837. La política, considerada como la sumatoria de prácticas locales abigarradas, mezcló deferencias e igualitarismos; conjuras, procesos electorales y guerras civiles; mucho panfleto y conversación pública y privada; todo encuadrado por el caciquismo y las lealtades de familia a la bandera roja y a la bandera azul. Localismos que hicieron naufragar a todos los hombres fuertes, comenzando por Bolívar. Tradición que viene de la época colonial y de allí deriva sus notas de oligárquica, legalista y civilista<sup>17</sup>.

Rómulo Betancourt (1908-81) y Jorge Eliécer Gaitán (1898-1948), dos figuras reformistas y de izquierda de los años 30 y 40, resultan centrales en un contrapunto Colombo-venezolano. Ambos cabrían en la clasificación de populistas demo-

<sup>(15)</sup> Papadopoulos, Yannis. "Populism and Democracy: an Ambivalent Relation", ponencia presentada en el Coloquio *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. El Colegio de México: México D. F., 1999 (mimeo).

<sup>(16)</sup> Sobre este tema hay que consultar Khuette, Allan. *La reforma militar y sociedad en la Nueva Granada, 1773-1808*. Banco de la República: Bogotá, 1993.

<sup>(17)</sup> Palacios, Marco. "La democracia en Colombia". En: Enrique Krauze (editor) *América Latina: desventuras de la democracia*. Joaquín Mortiz: México, 1984.

cráticos. No obstante, su trayectoria puede ser inteligible sin apelar al adjetivo populista, aunque descollaron por estilos asociados al populismo: líderes personalistas, carismáticos y antioligárquicos. Mientras Betancourt fue un dedicado y exitoso constructor de partido, y en Venezuela suele llamársele leninista<sup>18</sup>, Gaitán, por el contrario, no pudo superar la cultura caudillista del liberalismo popular colombiano, aunque en la arenga a los venezolanos reunidos en la Plaza Urdañeta de Caracas el 18 de octubre de 1946, con motivo del primer aniversario de “la revolución de octubre” y ante Betancourt, su amigo político y personal, pudo afirmar que los venezolanos apenas estaban conquistando lo que hacía mucho tenían los colombianos: la libertad política que, sin embargo, sería formal mientras no conquistasen la libertad económica y social.

En su peculiar oratoria, Gaitán no perdió la ocasión de elogiar el entusiasmo democrático patente en esas pieles negras y morenas que desbordaban la plaza caraqueña<sup>19</sup>. En pos de ese ideal de libertades y cuando había lanzado desde 1944 el más poderoso desafío al sistema, con el *slogan* de que “el pueblo es superior a sus dirigentes”, terminó asesinado en Bogotá, dando lugar a uno de los levantamientos populares más violentos de la historia colombiana y latinoamericana, *el Bogotazo* del 9 de abril de 1948.

El estilo de Gaitán, en la mejor tradición del liberalismo popular colombiano que arranca en los años 40 y 50 del siglo pasado, exhibe todos los rasgos de la apelación electoral al pueblo dentro de la tradición liberal: el tono del discurso, la ener-

gía movilizadora, la oportunidad de las alianzas y rompimientos y, quizás, lo más importante de un dirigente popular en la corriente del populismo democrático: la convicción que siembra en “los oligarcas” de que allí tienen el enemigo, el enemigo verdadero. Gaitán no llegó al poder. Betancourt sí y los grandes intereses venezolanos y multinacionales comprobaron que ni la AD ni sus dirigentes eran verdaderos enemigos. Esto pese a que entre 1931 y 1935 Betancourt fuera dirigente del Partido Comunista de Costa Rica, lo que no le impidió declararse al mismo tiempo enemigo jurado de los comunistas venezolanos<sup>20</sup>.

Jefe de un nuevo movimiento de izquierda, el Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), Betancourt señaló en 1936, a los pocos meses de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez, que

nuestro movimiento (...) se opone enérgicamente a que se plantee en Venezuela la antítesis de militarismo contra civilismo. El ejército debe ser uno de los instrumentos más eficaces de la necesaria unificación nacional<sup>21</sup>.

Los colombianos eran ajenos a ese tipo de argumentos y mucho menos en esos años de República liberal, cuando en Venezuela hacía mucho tiempo que se había consolidado el culto heroico a Bolívar que prosigue hasta nuestros días. “Culto organizado de gran proyección en la conciencia nacional de los venezolanos”, en tanto que factor de unidad nacional, factor de orden o gobierno y factor de superación nacional, religión o moral cívica del pueblo<sup>22</sup>. Del culto arrancaban liturgias

<sup>(18)</sup> Este tópico es aceptado inclusive en el trabajo favorable a Betancourt que preparó Manuel Caballero, citado arriba.

<sup>(19)</sup> Villaveces, Jorge (editor). *Los mejores discursos de Gaitán, 1919-48*. 2a ed. Jorvi: Caracas, 1968, pp. 462-463.

<sup>(20)</sup> Cerdas, Rodolfo. *La hoz y el machete. La Internacional Comunista, América Latina y la revolución en Centroamérica*. Euned: San José, 1986.

<sup>(21)</sup> Betancourt, Rómulo. *Ob. cit.*, pp. 144-145.

<sup>(22)</sup> Carrera Damas, Germán. *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Universidad Central de Venezuela: Caracas, 1969, pp. 34-42. Véase también, Britto. *Ob. cit.*, pp. 212-219.

perturbadoras para los políticos colombianos, e ideologías autoritarias presentadas como teoría sociológica positivista; tal fue el caso del libro de Laureano Vallenilla Lanz sobre el cesarismo democrático, verdadero parte aguas en la historiografía venezolana<sup>23</sup>. Al atacar el constitucionalismo colombiano, recibió una razonada y enérgica respuesta del conservador Laureano Gómez y del liberal Eduardo Santos, a comienzos de los años 20<sup>24</sup>.

La marcha hacia la democracia venezolana habría de quedar marcada por la cultura de la clandestinidad. Al igual que los golpistas de 1992, Rómulo Betancourt salió del anonimato el 7 de abril de 1928 conspirando con militares contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Diecisiete años más tarde presidió un golpe apoyado en los cuarteles, en el cual fue figura prominente el futuro dictador, Marcos Pérez Jiménez, entonces Mayor del Ejército. Esta vez el golpe fue exitoso y el 18 de octubre de 1945 los complotados derrocaron al presidente general Isaías Medina Angarita, quien, en su momento, no sobra recordarlo, había entablado alianzas con el frente legal del Partido Comunista.

Del golpe nació el *Trienio* (1945-48) período en el cual Venezuela conoció un anticipo de su futura democracia electo-

ral y de la participación política de las masas, después de más de un siglo de caudillismos, guerras civiles y dictaduras personales. Sin embargo, la interpretación histórica tiende a calificar el gobierno de Medina Angarita más que como *gomecista*, como de apertura, de suerte que no se justificaba el pronunciamiento de los "octubristas" del 45<sup>25</sup>. El *Trienio* fue avalado en las urnas y respaldado por el gobierno de Estados Unidos. El nuevo partido de Betancourt, la AD, arrasó en las elecciones de 1947 hasta que el año siguiente el mismo Pérez Jiménez dio golpe abriendo 10 años de dictadura.

Alternando entre la clandestinidad y el exilio, con unos pocos respiros de legalidad, la generación que habría de mandar en la Venezuela democrática mediante el control de los partidos de los que eran jefes máximos (Betancourt de la AD, Caldera del Copei y Jóvito Villalba de la Unión Republicana Democrática, URD) estaba penetrada de un espíritu de centralismo y verticalidad<sup>26</sup>.

Derrocado en 1958 el dictador Marcos Pérez Jiménez por la acción de partidos férreamente organizados en la clandestinidad, éstos emergieron a la vida legal, consolidaron sus redes, enfrentaron las intenciones militaristas y llegaron al po-

<sup>(23)</sup> Carrera Damas, Germán. *El concepto de historia en Laureano Vallenilla Lanz*. Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela: Caracas, 1966.

<sup>(24)</sup> El incidente ha sido recordado recientemente por Posada Carbó, Eduardo. "Reflexiones sobre la cultura política colombiana". *Conferencia presentada ante la Cátedra Corona de la Facultad de Administración de Empresas*. Universidad de los Andes: Bogotá, 5-10 de septiembre de 1999. Posada-Carbó subraya el contraste entre las doctrinas proautoritarias en Venezuela, ausentes en Colombia. Vallenilla Lanz, Laureano. *El cesarismo democrático. Estudio sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*. Tipografía Universal: Caracas, 1929. La edición publicada en Caracas en 1983 por la Universidad de Santa María, incluye el debate con Eduardo Santos.

<sup>(25)</sup> Sobre el controvertido *trienio*, véanse, Velásquez, Luis Cordero. *Betancourt y la conjura militar del 45*, s.n. Caracas, 1978 y Ellner, Steve, "Venezuela". En: Bethell, Leslie y Roxborough, Ian (editores). *Latin America Between the Second World War and the Cold War, 1944-48*. Cambridge University Press: Cambridge, 1992, pp. 147-169.

<sup>(26)</sup> Una balanceada síntesis de la historia venezolana posterior a 1958 se encuentra en Levine, Daniel H. y Crisp, Brian F., "Venezuela: The Character, Crisis, and Possible Future of Democracy". En: *World Affairs*. Vol. 161, No. 3, invierno 1999, pp. 123-165. Para una crítica de las tendencias de la historiografía política venezolana, véase, Ellner, Steve. "Venezuelan Revisionist Political History, 1908-1958, New Motives and Criteria for Analyzing the Past". En: *Latin American Research Review*. Vol. 30, No. 2, 1995, pp. 91-121.

der para compartirlo entre sí en los últimos 40 años y terminar viendo cumplido el pronóstico de Robert Michels sobre la "ley de hierro de la oligarquía". Por el contrario, los partidos colombianos, que de todos modos optaron por *la Violencia* y 10 años del estado de sitio (1948-58) y que en 1956 y 1957 pactaron el Frente Nacional (FN), ante la amenaza "populista" de Rojas Pinilla, estaban condenados a la atomización y al faccionalismo que desde siempre había sido una de las claves de supervivencia.

Cuando comenzaban a funcionar la moderna democracia venezolana y el FN en Colombia, Fidel Castro radicalizó su revolución. El gobierno de Kennedy acuñó entonces aquella frase de que "hay dos caminos en América Latina: el de Castro y el de Betancourt". Al mismo tiempo, Colombia se convirtió en "la vitrina de la Alianza para el Progreso". A la sombra de la Guerra Fría Washington había abrazado a Pérez Jiménez en Venezuela y a Rojas Pinilla en Colombia. Ahora, ante la Revolución cubana, Venezuela y Colombia eran exaltadas como democracias ejemplares del continente.

#### **1958: EL FRENTE NACIONAL Y EL PACTO DE PUNTO FIJO**

Con el Pacto de Punto Fijo (PPF) de 1958 los tres partidos, AD, Copei y URD, acordaron la tregua política, la unidad nacional y un programa mínimo común. Todo esto compatible con una competencia partidista acotada en el lenguaje y una acción gubernamental circunscrita al programa común. La unidad nacional se predicó para superar los conflictos que habían llevado al traste al régimen del *Trienio* y sobre la base de que incluía a todos los que habían combatido la dictadura de Pérez Jiménez. Hubo, empero, un excluido notorio que, además de apoyar el PPF, había sido un baluarte en la lucha contra la dictadura: el Partido Comunista Venezolano (PCV). Para excluirlo Betancourt ar-

gumentó que la naturaleza de este partido era incompatible con la democracia venezolana.

El costo de marginar la izquierda habría de pagarse con 10 años de limitación de las libertades públicas y de endurecimiento político. 10 años de confrontaciones: la AD se dividió mientras que la dirigencia del PCV, en la cárcel o en la clandestinidad, trató, inicialmente en vano, de neutralizar la aventura guerrillera centrada en las universidades.

*Prima facie*, el pacto bipartidista del FN al excluir la izquierda (aunque no la derecha, actuante en varias facciones conservadoras) asumió un costo menor, al menos en el corto plazo, porque aquella era muy débil electoralmente, sus fuertes estaban en los sindicatos (algunos estratégicos como el de los trabajadores petroleros), entre algunos artesanos dispersos y en las zonas rurales marginales, donde aún había agrupaciones armadas del Partido Comunista con potencial guerrillero. Además, la transición de la dictadura de Rojas al FN estuvo mediada por una Junta Militar apoyada por los partidos que hizo la transición en 15 meses<sup>27</sup>.

La diferencia fundamental entre el PPF y el FN reside en que el primero trajo una inclusión implícita: el reformismo con encuadramiento de organizaciones sindicales y populares, mientras que el segundo lo excluyó subrepticamente. Actitud reforzada quizás porque Rojas Pinilla había jugado con fórmulas gaitanistas suprapartidarias. Dicho de otra manera, en Colombia no fue posible construir partidos modernos, centralizados y disciplinados, con algunos controles ideológicos y claras señas de identidad, todos colocados en el espectro reformista. Además, y sobre esto volveremos, la economía política del café no podía ser compatible con un modelo estatista como el que promovería la economía política del petróleo.

En Colombia la atomización y desaparición de las fuerzas gaitanistas, y 10 años

<sup>(27)</sup> Hartlyn, Jonathan. *The Politics of Coalition Rule in Colombia*. Cambridge University Press: Nueva York, 1988.

de autoritarismo y antiliberalismo políticos, cerraron el camino reformista con movilización popular<sup>28</sup>. En la medida en que los líderes condensan la orientación de los sistemas políticos, podría decirse que Betancourt fue a la política venezolana lo que Jorge Eliécer Gaitán a la colombiana en la década de 1940 y Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo, –arquitecto e ingeniero del FN, respectivamente. Es decir, que mientras en la historia colombiana figuras como Gaitán (el deconstructor populista) y los Lleras (constructores institucionalistas) se consideran antagónicas, en Venezuela el liderazgo de Betancourt logró fundir cualidades derivadas de estos dos tipos nodales de dirigente.

Para Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo, dos líderes que maduraron en la República liberal, fue relativamente fácil neutralizar y cooptar la oposición del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL). Sin embargo, el fracaso de las políticas sociales alimentó el ascenso de un movimiento populista inédito: el encabezado por el general Rojas Pinilla. El dramático resultado de las elecciones presidenciales de 1970 en las que, Rojas, victorioso en las ciudades, fue derrotado a la postre por un estrecho margen y gracias al voto rural, tendría un costo diferido: la formación del M-19, una guerrilla que podemos adscribir a la familia populista.

Del PPF emergió una estabilidad garantizada por recursos petroleros y por valores finales y simbolismos, que, pese al estilo populista, fueron decisivos en el mantenimiento de la paz social y política. Por el contrario, la marcha institu-

cional liberal colombiana a partir del FN ha consagrado la cohabitación del régimen político con las violencias y una extraordinaria flexibilidad clientelar del sistema que parece inmune a toda crisis.

La legitimación reformista, implícita en el PPF, permitió que la clase obrera, base del orden capitalista liberal desde 1958, y los sectores populares organizados por los partidos venezolanos, apoyaran al régimen no sólo contra las intentonas militaristas, sino contra la insurgencia guerrillera marxista de los años 60<sup>29</sup>. En Colombia, por el contrario, la exclusión del reformismo izquierdista por parte del FN ha permitido que, aún hoy en día, *Tirofijo* proclame que el asesinato de Gaitán fue una ruptura catastrófica del pacto social inclusivo y de este modo justifique la existencia y acción de las FARC. En Colombia, la institucionalidad liberal, evidentemente sesgada en favor de los intereses del capital, ha cohabitado con la violencia. En Venezuela, lo que podemos llamar una base reformista y populista del régimen, deslegitimó la violencia.

#### PETROESTADO Y MACROECONOMÍA POPULISTA

Ya advertimos cierta ubicuidad y ambivalencia del concepto de "populismo". Consideremos ahora una definición restringida: aquel modelo

que destaca el crecimiento y la redistribución del ingreso y menosprecia los riesgos de la inflación y el financiamiento deficitario, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos ante las políticas agresivas ajenas al mercado<sup>30</sup>.

<sup>(28)</sup> Chernick, Marc W. y Jimenez, Michael. "Popular Liberalism, Radical Democracy and Marxism: Leftist Politics in Contemporary Colombia, 1974-71". En: Carr, Barry y Ellner, Steve (editores). *The Latin American Left. From the Fall of Allende to Perestroika*. Westview Press: Boulder, 1993; Palacios, Marco, *Parábola del liberalismo*. Grupo Editorial Norma: Bogotá, 1999, pp. 266-283.

<sup>(29)</sup> Sobre la institucionalización de una filosofía laboral corporativista y liberal como forma de control de la clase obrera venezolana, véase, Bergquist, Charles. *Los trabajadores en la historia latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*. Siglo XXI Editores: Bogotá, 1988, pp. 320-321.

<sup>(30)</sup> Dornbusch, Rudiger y Edwards, Sebastián. "La macroeconomía del populismo". En: Dornbusch y Edwards (compiladores). *La macroeconomía del populismo en la América Latina*. Fondo de Cultura Económica: México, 1992, p. 17.

Este modelo estatista, que opera en desmedro del mercado, es la llamada macroeconomía populista, o paradigma del "populismo económico", que da pie a fundamentar la noción del subyacente populismo de la política venezolana en todo el período posterior a 1958<sup>31</sup>.

Después de 1958, las políticas sociales de Colombia y Venezuela pueden considerarse antípodas. Según Miguel Urrutia, la ausencia de populismo se demuestra observando la "suavidad de las curvas colombianas" (c. 1970-90) del tipo de cambio, los salarios reales y la inflación. Sin embargo, y sobre esto volveremos adelante, Urrutia argumenta que el clientelismo ha evitado el populismo aunque no entra a explicar por qué el clientelismo no exhibe en Colombia la proclividad populista bien conocida en otras partes<sup>32</sup>. Quizás tales curvas no sean más que el resultado del arreglo frente-nacionalista que no aceptó plenamente que las políticas sociales del Estado, ni la influencia de partidos ideologizados en dicha políticas, debían considerarse como una de las fuentes más importantes, sino la más importante, de legitimación del sistema político.

La oligarquía que terminó prevaleciendo en 1958 en Colombia supuso que las elecciones bajo un sistema de reparto burocrático desideologizado debían ser la fuente suprema de legitimidad. Políticas sociales anunciadas por el FN, como la reforma agraria (ciertamente siguiendo la estrategia de la *Carta de Punta del Este* y de la *Alianza para el Progreso* para neutralizar "la amenaza comunista cubana") terminaron en un fracaso rotundo con efecto

en múltiples campos: en la redistribución del poder local; en la integración política nacional; en el avance de la ciudadanía; en la movilización campesina pacífica. Ante este fracaso institucional los campesinos hicieron su propia reforma agraria colonizando. Ocho grandes frentes de colonización son la prueba más fehaciente. Ocho grandes focos de traumatismo social y violencias. Fenómenos magnificados por la globalización del crimen organizado alrededor de las drogas que, al vincular directamente las localidades productoras y los centros mundiales del mercado, desarticuló más aún un frágil Estado nacional clientelizado, propenso a la corrupción y que, recientemente, muestra síntomas de militarización.

La noción de macroeconomía populista lleva, sin embargo, a subrayar el contraste de base de las respectivas economías políticas del petróleo y del café, los dos productos centrales de Venezuela y Colombia en el siglo XX.

Desde la era de Juan Vicente Gómez, la riqueza petrolera ha sido la fuente de modernización. Desde 1958, ha dado curso a los ideales democráticos proclamados por los grandes partidos electorales. Ideales derivados de la noción de que el país es inmensamente rico y que la democracia consiste en distribuir equitativamente esa riqueza.

El petróleo genera una renta que se distribuye entre las empresas productoras y el Estado que, a su vez, la redistribuye a través del gasto público y de las políticas macroeconómicas, principalmente el manejo cambiario, las tasas de interés y el régimen tributario<sup>33</sup>. Para el Estado

(31) Romero, Aníbal. "Rearranging the Deck Chairs on The Titanic: The Agony of Democracy in Venezuela". En: *Latin American Research Review*. Vol. 32, No. 1, 1997, p. 19 y siguientes.

(32) Dornbusch y Edwards. *Ob. cit.*, pp. 421-424.

(33) Entre los textos axiales de la renta petrolera venezolana suelen considerarse los trabajos de: Baptista, Asdrúbal, *Teoría económica del capitalismo rentístico* (Prólogo de Bernard Mommer). Ediciones IESA: Caracas, 1997 y Mommer, Bernard, "¿Es posible una política petrolera no rentista?". En: *Revista del Banco Central de Venezuela*. Caracas, Vol. 4, No. 3, 1989, pp. 56-107 y Baptista, Asdrúbal y Mommer, Bernard. "Renta petrolera y distribución factorial del ingreso". En: Nissen, Hans-Peter y Mommer, Bernard (editores). *¿Adiós a la bonanza? Crisis de la distribución del ingreso en Venezuela*. Instituto de Investigaciones Sociales: Caracas, 1989.

venezolano, independientemente de que el régimen político se acerque más al tipo dictatorial de Juan Vicente Gómez que al tipo democrático del PPF, el petróleo ha sido el principal ingreso fiscal, ya se trate de las regalías pagadas por las empresas extranjeras que dominaron la industria desde 1917 hasta la nacionalización en 1976, o de los impuestos extraídos a la empresa estatal, Petróleos de Venezuela (PDVSA). La nacionalización no fue producto de ningún movimiento revolucionario o nacionalista, sino conclusión del régimen contractual que estipulaba la reversión o devolución al Estado de los campos e instalaciones una vez transcurriera el lapso convenido. Su resultado neto fue un incremento de los ingresos fiscales y la discrecionalidad de la política petrolera frente a las demandas de las empresas multinacionales que permitió a Venezuela ser uno de los promotores y actores más activos en la Organización de los Países Productores de Petróleo (OPEP).

La magnitud de la renta petrolera ha hecho de Venezuela un país petrolizado en su economía y en su mentalidad y del Estado venezolano un petroestado. La crisis de legitimidad de los partidos venezolanos no puede disociarse ni entenderse sin la crisis del petroestado.

La noción de que la renta petrolera es una constante natural se refuerza por un hecho evidente para todos: la baja generación de empleo. En todo caso menos del 1% de la PEA, aunque su participación el PIB ha llegado al 50% y ha superado el 90% de los ingresos fiscales. Porcentajes que han ido disminuyendo en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX. Contra lo que pueda decir el sentido común de los venezolanos, esa renta no es una constante natural, aparentemente derivada del volumen de las reservas y la producción, sino una variable política y económica. Es decir, que puede ser un complemento de otros ingresos naciona-

les y fiscales, como en Noruega o la Gran Bretaña, o puede convertirse en un sustituto de éstos. La tendencia a convertir la renta petrolera en sustituto de políticas de desarrollo de largo plazo se afirma en Venezuela porque desde Juan Vicente Gómez su manejo ha estado concentrado en el Presidente de la República y en el conjunto de instituciones estatales y paraestatales que salen del juego democrático y electoral. Simultáneamente en condiciones de la competencia partidista, abierta en 1958, la apropiación de los ingresos petroleros quedó ligada al ciclo electoral.

Desde los años 20 hasta los 60, los gobiernos emplearon los recursos petroleros para ampliar la infraestructura, fomentar la industrialización e incrementar el consumo mediante masivas importaciones de alimentos y bienes industriales de consumo final<sup>34</sup>. Los programas de inversión pública y la demanda de servicios de los grupos de altos ingresos elevaron los salarios reales y drenaron mano de obra de la agricultura, parcialmente reemplazada por trabajadores migratorios colombianos.

Después de un largo período de estabilidad de precios internacionales del petróleo y de la tasa de cambio y de bajos niveles de endeudamiento externo, vinieron cinco choques petroleros que contribuyeron al colapso de la partidocracia, aunque no al colapso de la noción de un petroestado. De estos cinco choques dos fueron al alza (1974 y 1979) y tres a la baja (1982, 1986 y 1998)<sup>35</sup>.

Fue naturalmente más fácil asimilar las bonanzas que las depresiones. Las primeras permitieron transferir masiva y rápidamente recursos a la industria sustitutiva, a los salarios, a la infraestructura física y social y a la misma industria petrolera. Se favoreció el consumo mediante el subsidio de precios de los productos derivados del petróleo, la energía

<sup>(34)</sup> Boué, Juan Carlos. *Venezuela. The Political Economy of Oil*. Oxford University Press: Oxford, 1993.

<sup>(35)</sup> Hausmann, Ricardo. *Shocks externos y ajuste macroeconómico*. Banco Central de Venezuela: Caracas, 1992.

y los alimentos. En términos amplios, puede decirse que hubo una transferencia de recursos hacia el sector privado y una mejoría del bienestar de la población que se reflejó en que el crecimiento de la inversión pública y privada y del consumo fue más acelerado que el del producto. En consecuencia, hubo exceso de capacidad instalada y mayor concentración del ingreso: se ha calculado que el 8% de la primera bonanza se transfirió a los hogares, mientras un 25% a las empresas, principalmente privadas. En la segunda bonanza se privilegiaron las inversiones públicas en las industrias del aluminio y del acero en el Oriente que concentraron el 90% de las inversiones públicas no petroleras sobre la base de que allí residía la ventaja comparativa. Inversiones complementadas con onerosos programas de infraestructura eléctrica y vial.

Estos gigantescos proyectos, algunos originados bajo la dictadura de Pérez Jiménez, y a los que se destinaron 40 mil millones de dólares, deberían sustituir importaciones, generar exportaciones y echar las bases de una poderosa industria de bienes de capital. La caída de los precios de las materias primas, las alzas de las tasas internacionales de interés y la revaluación del dólar, afectaron la rentabilidad de estos dos complejos los cuales, en algunas ocasiones, ni siquiera generaban recursos para pagar sus costos laborales.

En suma, las bonanzas de los años 70 expandieron desorbitadamente el gasto público y privado en un horizonte que asumía una bonanza permanente, puesto que cualquier baja del precio del petróleo sería automáticamente compensada con los ingresos del aluminio y el acero<sup>36</sup>.

La bonanza duró poco y más que liberar a Venezuela del petróleo la ató aun más. Como es apenas obvio, los tres choques a la baja, en particular los de los años

80 fueron más difíciles de asimilar. Carlos Andrés Pérez, el popular sembrador de petróleo de los 70, tuvo que hacer el ajuste a fines de los 80, que llamó *el Gran viraje*, cuando llegó de nuevo a la Presidencia sobre el prestigio ganado en su primera administración, prometiendo que revertiría la crisis.

La depresión de los precios del petróleo empobrece, en primer lugar al Estado y genera un gran desequilibrio en las cuentas públicas. Puesto que las importaciones no se pueden contraer al mismo ritmo de la caída de los ingresos externos, aumenta el déficit comercial. Al mismo tiempo, el Estado y el sector privado que, en los años de vacas gordas habían contraído enormes deudas en el exterior, debían honrar sus compromisos generándose un déficit en la balanza de pagos. Para resolver estos tres déficits (fiscal, de balanza de pagos y comercial) y para acomodar el gasto al ritmo de crecimiento del producto era ineludible emprender, como en otras partes del mundo, el llamado "ajuste". En este momento se reveló la fragilidad de un Estado que había postergado indefinidamente la tributación de los particulares y de una economía montada sobre una actividad tan rentable que encarece los costos laborales, cercenando la competitividad de las actividades industriales y agropecuarias.

*El Gran Viraje* de 1989, ejecutado sobre la base de que debía ser rápido, radical, sorpresivo y simultáneo en todos los frentes con el fin de paralizar la oposición, implicó la contracción del gasto público, devaluación, supresión de subsidios, especialmente gasolina y tarifas del transporte, y congelación de salarios. Marcó el fin de una época, la del petroestado y el populismo bipartidista de la democracia venezolana. Más adelante trazamos un esbozo de lo que siguió. Prestamos poca atención a la palabra "corrupción políti-

<sup>(36)</sup> Auty, Richard M. *Resource Based Industrialization. Sowing Oil in 8 Developing Countries*. Oxford University Press: Oxford, 1990, pp. 123-126.

ca" que es una de las de mayor circulación desde entonces en la conversación pública y privada de los venezolanos. No es difícil suponer cómo se enriquecieron durante las bonanzas los grandes contratistas con acceso privilegiado a los organismos del Estado, ni los grandes intermediarios, los *cogollos* y sus amigos de Copei y Adeco, o los importadores con bolívares sobrevaluados. A esto hay que añadir el bienestar popular en una época de salarios altos, aunque la inflación estaba deteriorándolos.

Cualquier observador de la escena contemporánea debe quedar pasmado con este dato: hace 20 años los niveles del PIB *per cápita* venezolano eran similares a los de España. Hoy son menores que los de México. Además de lo ya dicho, hay que añadir que Venezuela presentaba por entonces uno de las mayores concentraciones de ingreso del mundo. Lo terrible de la historia no es tanto que el ingreso se concentre en épocas de bonanza, sino que las épocas de depresión sean aun más concentradoras. Con razón el pueblo venezolano escuchó la interpelación del comandante Chávez en 1992 y en 1998 y 1999 lo llevó a la Presidencia, dándole todos los recursos políticos que ha pedido, incluida una nueva Constitución.

#### EL LIBERALISMO ECONÓMICO: DEL CAFÉ A LAS DROGAS ILÍCITAS

El contraste del petroestado con la economía política del café, que hasta los años 70 fue el motor de la economía colombiana, es demasiado obvio. Comenzando por la diferencia en el peso de los costos laborales en relación con el valor de la producción: 80% en café, 10% en petróleo.

El café no enriquece al Estado como puede hacerlo el petróleo. Para ello sería

necesaria la existencia de un poderoso aparato fiscal capaz de extraer impuestos de los caficultores y de las demás actividades derivadas. Por el contrario, la estructura de su producción, transporte y mercado genera intereses privados, sectoriales y regionales que hacen contrapeso al Estado y de hecho descentralizan la política. No en vano Gaitán, con su poderoso discurso intervencionista, registró una votación exigua en todas las ciudades y comarcas cafeteras en las elecciones presidenciales de 1946.

Con la producción a cargo de campesinos y de empresarios de diferentes tipos, la economía política del café es mucho más compatible con el liberalismo económico que con el estatismo; con un Estado débil y preferentemente liberal<sup>37</sup>. Curiosamente, empero, es más difícil manejar las bonanzas cafeteras que las petroleras, precisamente porque el ingreso cafetero es privado y no una renta estatal. Más que redistribuir la riqueza excedente, el Estado de un país cafetero en años de bonanza debe equilibrar conflictos de intereses muy agudos alrededor de dos objetivos de política: a) los antiinflacionarios, en particular para que los excedentes no se moneticen inmediatamente, y b) la sobrevaluación de la moneda nacional para compensar a los sectores no-cafeteros, particularmente a los importadores y a los consumidores en general<sup>38</sup>.

Retomemos en este punto el parentesco de populistas y nacionalistas, ambos padeciendo limitaciones y ambigüedades de *status* teórico. El petróleo venezolano como forma de renta nacional genera una tendencia nacionalista, mientras que el café, por las condiciones de su oferta, genera una tendencia internacionalista. Comparando estos dos casos encontra-

<sup>(37)</sup> Un análisis de la situación cafetera del siglo XX se encuentra en los tres volúmenes a cargo de Junguito, Roberto y Pizano, Diego (coordinadores). *La producción de café en Colombia*. Fedesarrollo/Fondo Cultural Cafetero: Bogotá, 1991; *El comercio exterior y la política internacional del café*, Fedesarrollo/Fondo Cultural Cafetero: Bogotá, 1993 y, finalmente, *Instituciones e instrumentos de la política cafetera en Colombia*. Fedesarrollo/Fondo Cultural Cafetero: Bogotá, 1997.

<sup>(38)</sup> Puyana, Alicia y Thorp, Rosemary. *Colombia: Economía política de las expectativas petroleras*. Flacso-México/Fedecafé/Ediciones Tercer Mundo Editores: Bogotá, 1998.

mos que el internacionalismo liberal y el nacionalismo populista, ya sea que se considere el primero como una expresión "racional" de la estructura social y el segundo como una "legitimación de la emoción", ofrecen la base material que habría de generar efectos de largo plazo en las respectivas trayectorias nacionales del siglo XX.

Claro que en el actual panorama colombiano no es el café, sino que la cocaína y el petróleo son las principales fuentes de inestabilidad de la política y la macroeconomía. Los descubrimientos de los megacampos petroleros en Cusiana y Cupiagua desataron expectativas de grandes riquezas petroleras y de un Estado que sería inmensamente rico. La idea de una Colombia petrolera competitiva (que tiene antecedentes en la década de 1920) fue magnificada durante la administración Gaviria: la modernización política y económica había encontrado la gallina de los huevos de oro<sup>39</sup>. De allí quizás la largueza con que se trataron en la Constituyente los temas de la descentralización fiscal y el régimen de distribución regional de las regalías petroleras. El situado fiscal consagrado en la Constitución de 1991, antes que impulsar la democracia local, es una de las principales causas del atolladero institucional y del déficit de las cuentas públicas. Hay que abonar, sin embargo, que se creó el Fondo de Estabilización Petrolera para reducir los efectos macroeconómicos de la inestabilidad de los precios internacionales del petróleo, institución que bien puede compararse al Fondo Nacional del Café, creado en 1940.

No sólo la petrolización de la economía y el Estado colombianos es impenable, al menos en la escala venezolana; hay que añadir la baja competitividad del petróleo colombiano<sup>40</sup>. En nuestro país las reservas son apenas una fracción de las venezolanas; los costos de producción son

muy elevados y el riesgo geológico (es decir el riesgo de no encontrar petróleo) es muy alto. Además de estos factores, el petróleo no se nacionalizó en Colombia, de suerte que, salvo por los impuestos que pagan las compañías, las demás variables estratégicas están por fuera del control estatal. Finalmente, el peso de la Empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol), se ha reducido sustancialmente en los años 90, sobre todo en los campos de la exploración y producción.

Mucho más graves que las falsas expectativas petroleras han sido los efectos de las drogas ilícitas. El cultivo de la hoja de coca, por ejemplo, refuerza el carácter campesino e individualista de la producción (como el café en las décadas de 1930-50), y dificulta el control de las rentas privadas por parte de las autoridades monetarias y cambiarias. Hay un impacto más profundo en los tejidos sociales políticos: la renta de las drogas ilícitas ha promovido el ascenso y consolidación de nuevos grupos (los narcolatifundistas, entre otros); ha consignado ingentes recursos de poder a favor de las guerrillas, especialmente de las FARC que tienen en los cocalleros una amplia base social; ha fortalecido una contrainsurgencia extrema (las Autodefensas Unidas de Colombia); ha invadido la vida partidaria (verbigracia, el Proceso 8.000); ha dado pie a racionalizar una expansión vertiginosa del gasto militar del Estado (hasta 1988 el gasto militar como porcentaje del PIB en Colombia era inferior a la media latinoamericana; en 1995 era de 2.6%, 0.9% por encima de dicha media<sup>41</sup> y hay toda razón para suponer que en 2000, año del *Plan Colombia*, será aun mayor esa brecha) y ha implicado, como quizás pocas veces en el siglo XX al Estado colombiano en una relación clientelar subalterna con los Estados Unidos.

(39) Departamento Nacional de Planeación, *Cusiana, un reto de política económica*. DNP: Bogotá, 1994.

(40) Puyana, Alicia y Dargay, Joyce. *Competitividad del petróleo colombiano. Una revisión de factores externos*. Creset/Colciencias: Bogotá, 1996.

(41) Departamento Nacional de Planeación. *La paz. El desafío para el desarrollo*. Tercer Mundo Editores/DNP: Bogotá, 1998, p. 83.

En estas condiciones el proceso constituyente de 1989-91 y la flamante Constitución Política de 1991 difícilmente pudieron dar los resultados esperados en cuanto a democratizar la vida pública y pacificar el país. Por el contrario, el desorden social (o la anomia, si se prefiere) introducido por la economía de las drogas ilícitas, una de cuyas manifestaciones es la violencia y la criminalidad, ha reforzado el tradicionalismo de los patrones clientelistas, en vías de modernizarse bajo el FN. Para la abrumadora mayoría de la población colombiana la Constitución de 1991 es papel mojado.

### LOS LÍMITES DEL REINADO DE LOS COGOLLOS VENEZOLANOS

Los analistas de la política venezolana coinciden en caracterizarla como un campo limitado por dos grandes parámetros: el petróleo y los partidos. En los últimos años es más frecuente escuchar palabras como petroestado y partidocracia para referirse a la crisis venezolana<sup>42</sup>. Sin embargo el vocablo partidocracia excluye tendenciosamente una realidad típica del sistema venezolano: la creación y funcionamiento de un complejo de empresas públicas, institutos autónomos y otros entes estatales que abrieron, subrepticamente y sin la mediación de los partidos y el Congreso, la sobrerrepresentación de los grandes intereses corporativos privados dentro del Estado.

Los partidos de Punto Fijo buscaron convertirse en instrumentos de modernización, estabilidad y democracia electoral; de moderación y civilidad. A la postre, sin embargo,

el espacio político quedó monopolizado por los partidos y los partidos por un minúsculo grupo de líderes, *los cogollos* (...) cundió la sensación de que el país estaba gobernado por los partidos (la partidocracia) y no por el pueblo<sup>43</sup>.

El mandato representativo perdió los atributos de responsabilidad y transparencia. Los políticos profesionales respondían ante los dirigentes del partido y no ante los electores. Los partidos entendían que los resultados electorales premiaban o castigaban su política y la de sus presidentes. Entonces no debe sorprender que en un sistema electoral que establece la obligatoriedad del voto, la abstención, el porcentaje de los votantes en relación con el número de electores inscritos, aumentara del 7.58% en las elecciones presidenciales de 1958 al 18.1% en las de 1988 y al 39.84% en 1993. Más aun, después de 1988 cayeron las tasas de inscripción, de suerte que, sobre una población en edad de votar calculada en 11.1 millones en 1993, dejó de inscribirse el 10%. La abstención en las elecciones regionales fue aun mayor, promediando el 50%. Síntoma alarmante si consideramos que la elección directa de gobernadores y de alcaldes fue una innovación constitucional

<sup>(42)</sup> Silva Michelena, José A. (coordinador). *Venezuela hacia el 2000. Desafíos y opciones*. Nueva Sociedad: Caracas, 1987; Rey, Juan Carlos. *El futuro de la democracia en Venezuela*. Fundación Instituto Internacional de Estudios Avanzados: Caracas, 1989. Coppedge, Michael. "Partidocracia y reforma en una perspectiva comparada". En: Serbin, Andrés y otros. *Venezuela: la democracia bajo presión*. Nueva Sociedad: Caracas, 1993. Para un resumen crítico de la literatura especializada publicada en inglés (1993-95) sobre la política venezolana, véase, Ellner, Steve. "Recent Venezuelan Political Studies. A Return to Third World Realities". En: *Latin American Research Review*. Vol. 32, No. 2, 1997, pp. 201-218. Para un panorama de la "Venezuela post-bonanza", ver el número especial de *Latinamericana Perspectivas*. Vol. 23, No. 3, verano 1996. Para una evaluación de Juan Vicente Gómez quien, según el historiador Germán Carrera Damas, es el personaje que más ha pesado en la conciencia venezolana después de Bolívar, véase: Carrera Damas, Germán. "Juan Vicente Gómez: An Essay in Historical Comprehension". En: *Annali*. Fondazione Giangiacomo Feltrinelli: Milán, 1996.

<sup>(43)</sup> Levine y Crisp. *Ob. cit.*, p. 146.

destinada a solucionar los problemas de centralismo y partidocracia<sup>44</sup>.

El *Caracazo*, los motines y saqueos de tiendas que con la consigna pintada en las paredes y gritada en las calles, "el pueblo tiene hambre", estallaron a fines de febrero de 1989 en la capital venezolana y en todas las ciudades importantes, puso fin al encantamiento de los venezolanos con sus dos grandes partidos<sup>45</sup>. Los motines se produjeron a raíz de las primeras medidas económicas acordadas por el gobierno de Carlos Andrés Pérez con el FMI: liberación de precios y tasas de interés; alzas de tarifas de servicios públicos y de combustible; revisión de las leyes de alquiler de vivienda y anuncio de privatización de empresas públicas. La chispa fue el alza de los combustibles y tarifas de transporte público; las asonadas fueron reprimidas sangrientamente por la Guardia Nacional, ya que la policía no pudo enfrentarlas y dejó un saldo de centenares de muertos, la mayoría habitantes de las barriadas de Caracas. El *Caracazo* arrasó, dentro y fuera del país, la creencia en la excepcionalidad democrática venezolana, en una latinoamericana plagada de inestabilidad, golpes militares, dictaduras y guerrillas.

Tres años después del *Caracazo*, la fallida intentona golpista del 4 de febrero de 1992, encabezada por los tenientes coroneles Hugo Chávez Frías, en Caracas, y Francisco Arias Cárdenas, en Maracaibo y quien luego sería elegido gobernador del estado del Zulia, sacó a la luz el profundo desencanto de los venezolanos con el régimen político que, actores y observadores más atentos habían pronosticado desde la década de los 70. La década del auge, de la euforia, de *sembrar petróleo* según la frase del Presidente de entonces, Carlos Andrés Pérez, el delfín de Rómulo Betancourt.

Las encuestas de opinión y las multitudinarias manifestaciones callejeras que siguieron al golpe calificaron de héroes a los sublevados. En la población, incluidos amplios sectores de las clases medias, empezó a ganar popularidad el desconocido y carismático coronel Hugo Chávez, quien tuvo oportunidad de dirigirse al país para explicar las razones políticas del alzamiento del Movimiento Bolivariano Revolucionario (MBR 200) que encabezaban. El 200 se refiere al segundo centenario de Bolívar en 1983, el año que empezaron la conspiración. El golpe también acabó con el consenso partidario. En el correspondiente debate en el Senado, el ex presidente Caldera, todavía dirigente de Copei, rompió el espíritu del PPF aún vigente, al atribuir la causa de la subversión militar a los graves desatinos del presidente Carlos Andrés Pérez y a la corrupción imperante y rehusó participar en un gabinete de unidad y salvación nacional<sup>46</sup>.

¿Por qué las dos intentonas golpistas de 1992, el 27 de noviembre hubo una segunda, encabezada por la Fuerza Aérea, más sangrienta aunque menos popular que la primera, despertaron tan inesperada simpatía a lo largo y ancho del país y no sólo entre las clases populares, más duramente afectadas por timonazo neoliberal de Carlos Andrés Pérez?

La población estuvo dispuesta a creer más las razones democráticas y nacionalistas aducidas por los complotados que en las del gobierno. Desde que entró en vigor la constitución de 1961 los militares venezolanos la habían respetado, manteniéndose apolíticos y no deliberantes como ésta ordenaba. En la memoria pública no había ninguna imagen remotamente parecida a la que por la misma época podía conservarse de los militares golpistas en los países del Cono Sur. Y

<sup>44</sup>) Salamanca, Luis. "Venezuela: la crise des partis politiques". En: *Problemes d'Amérique Latine*. No. 29, abril-junio 1998, pp. 3-28.

<sup>45</sup>) Esta sección debe mucho a los estudios publicados en los reportes diarios (*Latin American Daily Briefs*) de Oxford Analytica.

<sup>46</sup>) Una breve análisis de estos incidentes se encuentra en "A Military Populist Takes Venezuela". En: *Report on the Americas*. Vol. 32, No. 5, marzo-abril de 1999, pp. 11-15.

como vimos, el complot democrático figura en el arsenal de la tradición venezolana.

Las fallas telúricas del sistema empezaron a advertirse en la elección presidencial de 1993: por primera vez, desde 1958, el Presidente elegido, Rafael Caldera, no provino de ninguno de los dos grandes partidos. El octogenario fundador de Copei tuvo que inventar su propia fórmula "independiente" y ponerse al frente de una heterogénea coalición conocida como *Convergencia Nacional*, la principal oposición al *Gran Viraje* de Carlos Andrés Pérez, quien terminó siendo destituido de la Presidencia y reo en proceso judicial. *Convergencia* obtuvo un poco menos de un tercio de los votos, suficiente para llegar a la Presidencia. Sin embargo, y pese al ascenso de nuevos partidos, Caldera enfrentó un Congreso dominado por sus enemigos, es decir, sus antiguos copartidarios y amigos de Copei y AD. Externamente estuvo sometido a severas presiones del FMI y del Banco Mundial.

Los planes económicos de Caldera, anunciados en la campaña electoral, tildados de populistas, quedaron en entredicho a raíz de la profunda y costosa crisis financiera que empezó en 1994, cuando el gobierno interino que reemplazó al de Carlos Andrés Pérez debió intervenir el *Banco Latino*. El Estado tuvo que inyectar fondos frescos al sistema bancario por una cifra astronómica, equivalente al 10% del PIB. El programa de Caldera quedó en el limbo hasta 1996 cuando fue anunciada la *Agenda Venezuela*, oxigenada por los buenos precios del petróleo. A partir de octubre de 1997 éstos empezaron a descender y la depresión se mantuvo a lo largo de 1998, agravando la situación social, el pesimismo de las élites empresariales y el descrédito de la partidocracia.

Éstas son las circunstancias mediatas e inmediatas del ascenso de Chávez, quien,

en 1997, había decidido convertir su MBR 200 en el Movimiento de la Quinta República (MVR), dada su manifiesta admiración por De Gaulle y puesto que Bolívar es, por ley, un símbolo nacional que no puede ser utilizado por ningún movimiento político. En alianza con otros partidos de izquierda, la facción mayoritaria del MAS y el nuevo movimiento Patria Para Todos (PPT), se formó el Polo Patriótico que alcanzó cerca de un tercio de los escaños del Congreso en las elecciones de noviembre. *Convergencia Nacional*, Copei y Causa R fueron los perdedores de esa contienda y AD resultó el partido mayoritario.

#### EL ASCENSO DE CHÁVEZ, EL POPULISTA CON COLA DE CERDO

Las elecciones presidenciales del 6 de diciembre de 1998 marcaron el final del régimen de Punto Fijo<sup>47</sup>. Desprestigiados en la opinión y acosados por sus rencorosas pugnas faccionales, ni AD ni Copei consiguieron presentar un candidato propio. Después de una serie de malabares tácticos los dos partidos convinieron a última hora en apoyar a Henrique Salas Römer, un empresario independiente, educado en Yale, ex copeyano y ex gobernador del Estado Carabobo, quien, por medio de su partido *Proyecto Venezuela* y la coalición del Polo Democrático, desplazó a la popular ex Miss Universo Irene Sáenz y galvanizó las energías antichavistas para terminar en un distante segundo lugar con un 40% de la votación frente al 56% de un Chávez victorioso en 20 de los 23 Estados.

En el versátil espectro populista, ¿dónde podremos ubicar a Chávez y al chavismo? Las ramas latinoamericanas de la familia extensa de los populistas se asemejan a los Buendía de Macondo, tal como aparece en el manuscrito de Melquíades. Al igual que en éste, los populistas parecen condenados a vivir una his-

<sup>(47)</sup> McCoy, Jennifer L. "Chávez and the End of 'Partyarchy' in Venezuela". En: *Journal of Democracy*. Vol. 10, No. 3, julio, 1999, pp. 64-77.

toria circular de promesas y desilusiones. Su proclividad a la endogamia, y aún al incesto, embrolla las líneas del linaje de modo que la cola de cerdo con que llega al mundo el último Aureliano paga los apetitos y desvaríos de todos sus antepasados. El cubrimiento que alguna prensa liberal de Occidente (el ensañamiento de los corresponsales y comentaristas de *El País* de Madrid, por ejemplo) dio al irresistible ascenso del Comandante Hugo Chávez, deja la impresión de que el Comandante trae cola de cerdo. Sin embargo Chávez no parece ganarse la extremidad por ser el último de la estirpe, sino por su obstinada intención de volver a los orígenes míticos y abultar más un legajo truculento de ilusión y fracaso. Al menos eso es lo que machacan las agencias internacionales de prensa y algunos comentaristas políticos.

A diferencia de los neopopulistas arriba citados, Chávez pretende volver a los fundamentos del estatismo nacionalista de los años 40 y 50, y a las reformas sociales postergadas, a contracorriente de la globalización y del renacimiento de la llamada sociedad civil. A la vez corteja al Banco Mundial y al FMI y declara que "la deuda externa es sagrada!"

Pasada la campaña y sus excesos verbales, el demonizado Chávez mostró cartas de moderado y pragmático. Anunció y puso en práctica un plan para asociar las Fuerzas Armadas a la administración pública y en programas sociales y de construcción de infraestructura física. Hasta la fecha (enero de 2000) ha postergado la formulación explícita de la política económica, estatismo o liberalización. Sin embargo, dejó en pie los proyectos de privatización de la industria del aluminio y del sector eléctrico y de las telecomunicaciones. Siguiendo la línea de Caldera anunció que buscará inversiones extranjeras y nacionales para el desarrollo de la industria petroquímica y del gas. Obtuvo del Congreso poderes extraordinarios para legislar en materia tributaria y empezó a intervenir en Pdvsa a la que llamó "un Estado dentro del Estado"; forzó cambios en su cuerpo directivo, al que llevó varios militares. Queda pendiente

saber si la poderosa empresa estatal terminará perdiendo el *status* autonómico de que ha gozado hasta ahora. Por primera vez un gobierno intervino en la formulación de su plan decenal (2000-2009) disminuyendo la expansión en exploración y extracción y aumentando las inversiones en gas y petroquímica. Para subir los precios internacionales, Chávez considera necesario frenar la producción mediante acuerdos con la OPEP y México.

Chávez se ha concentrado en dos frentes: el diplomático (ha viajado por medio mundo y en el hemisferio occidental se ha acercado con algún éxito al Brasil) y refundar constitucionalmente la nación. Para cumplir ésta, su principal promesa electoral, ha desatado nuevas tempestades pasajeras enfrentándose al Congreso y al poder judicial. La Corte Suprema declaró constitucional su decreto de realizar un referendo para convocar una Asamblea Constituyente. Ganadas estas batallas, el Polo Patriótico arrasó en las elecciones del 25 de julio, obteniendo 123 de los 128 diputados, cuando en los cálculos más optimistas esperaban obtener 100. Ni Copei ni AD obtuvieron escaños. La Constitución chavista fue aprobada sin dificultades por la Asamblea y refrendada popularmente por referendo a fines de 1999.

A la relativa moderación y pragmatismo de Chávez han contribuido, sin duda, estas cinco victorias electorales en poco más de un año, y el repunte de los precios del petróleo desde mayo de 1999.

## CONCLUSIONES

Venezuela tiene una nueva Constitución. Sigue las líneas maestras y las declaraciones de principios fundadores del proyecto chavista. Mientras tanto, hay suspenso aunque no vacío; el actual mandatario llena todo el espacio. La nación parece atravesar aquella situación descrita por Diderot en 1774, común a los momentos en que de los escombros del viejo sistema irrumpe el hombre tutelar:

Bajo el despotismo el pueblo, resentido por el largo tiempo de sufrimiento, no perderá ninguna oportunidad de recuperar sus derechos. Pero, como no tiene ni un fin ni

un plan, va a parar, de un momento a otro desde la esclavitud a la anarquía. En medio de esta confusión resuena un único grito: libertad. Pero, ¿cómo asegurarse del precioso bien? No se sabe. Y el pueblo está ya dividido en los diferentes partidos, instigados por intereses contradictorios... Tras breve tiempo vuelve a haber sólo dos partidos en el Estado; se diferencian por dos nombres que, sea quien sea el que se oculte detrás, sólo pueden ser "realistas" y "antirrealistas". Éste es el momento de las grandes conmociones. El momento de las conspiraciones y conjuras (...). Para eso el realismo sirve como pretexto del mismo modo que el antirrealismo. Ambos son máscaras para la ambición y la codicia. Ahora la nación no es más que una masa dependiente de una multitud de criminales y corruptos. En esta situación no es necesario más que un hombre y un momento adecuado para hacer que ocurra un resultado completamente inesperado. Cuando llega ese momento se levanta ese gran hombre (...). Les habla a las personas que aún creían serlo todo: Vosotros no sois nada. Y ellos dicen: nosotros no somos nada. Y él les dice: Yo soy el señor. Y ellos responden como con una sola voz: Tú eres el señor. Y él les dice: Éstas son las condiciones bajo las que estoy dispuesto a someteros. Y ellos responden: Las aceptamos... ¿Cómo seguirá adelante la revolución? No se sabe<sup>48</sup>.

Bolívar, que dirigió una gran revolución, terminó su vida amargado, diciendo que la faena es como arar en el mar. Por supuesto que la historia política de los siglos XIX y XX ha sido pródiga, particularmente en Europa y América Latina, en respuestas bonapartistas a ése "no se sabe" de Diderot.

Ni el mismo Chávez sabe qué seguirá en Venezuela. Un año después de su ascenso a la Presidencia tiene la Constitución estatista y nacionalista que se propuso y la perspectiva de unas elecciones para renovar el mandato todos los poderes públicos elegibles (incluida la Presiden-

cia de la República) que, seguramente, ganará.

Sus débiles adversarios musitan en la prensa que la Constitución es fiscalmente insostenible y que reforzará en la población expectativas de bienestar social que no tienen respaldo en la petrolizada economía venezolana. Lo único aparentemente cierto es la desaparición de AD y Copei y la férrea voluntad de Chávez de no dejarlos reagruparse. En una época de declinación mundial del Estado, sorprende cómo la apelación retórica a Bolívar, el padre mítico de la República, sirva para resucitar algo que, quizás, se parezca más que a otra cosa al ogro filantrópico de que hablara Octavio Paz, cuando pensó en el Estado mexicano. Paradigma acaso de estabilidad si pensamos en la experiencia venezolana y de relativa paz política y social, si pensamos en la experiencia colombiana.

Desde la perspectiva de la República Bolivariana de Venezuela resulta paradójico que el sistema clientelar colombiano, antipopulista por orientación, haya resultado más estable que la partidocracia. Aquí habría que insistir en la coexistencia del sistema político colombiano, cuya fuente principal de legitimidad son las elecciones, con altísimos niveles de homicidio, inseguridad personal e impunidad judicial, así como de violencia política, predominantes en las dos últimas décadas del siglo XX. En 1980, la tasa de homicidios por 100.000 habitantes era de 40 y saltó a 90 en 1993, aunque ha descendido ligeramente. Esto quiere decir que actualmente hay unos 28.000 muertos anuales, de los cuales unos 4.000, o sea menos de una quinta parte, pueden ser atribuidos al conflicto político que enfrenta a las guerrillas de las FARC y el ELN a autodefensas locales, a los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia y a la Fuerza Pública. Uno de los resultados ha sido el desplazamiento for-

<sup>(48)</sup> Citado en Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós: Barcelona, 1993, pp. 38-39.

zoso de unas 200.000 familias campesinas atrapadas entre los fuegos cruzados de un conflicto que cada vez se parece más a una guerra civil irregular, por ahora de baja intensidad. Conflicto que, por extraño que parezca, no ha debilitado hasta ahora al sistema político<sup>49</sup>.

Esperamos, finalmente, que las observaciones de este ensayo contribuyan a plantear la pregunta sobre los efectos que podría tener la reorientación venezolana en Colombia: en las guerrillas "bolivarianas", en el Ejército, también "bolivariano", y en los partidos políticos<sup>50</sup>.

---

<sup>(49)</sup> De la creciente bibliografía, véase la síntesis ofrecida por el historiador alemán Thomas Fischer. "La constante guerra civil en Colombia". En: Waldmann, Peter y Reinares, Fernando. *Sociedades en guerra civil*. Paidós: Barcelona, 1999, pp. 255-276.

<sup>(50)</sup> Sobre el tópico "bolivariano", remito a: Palacios, Marco. "Un ensayo sobre el fratricidio colectivo como fuente de nacionalidad". Presentado en: *Simposio Museo, Memoria y Nación*. Museo Nacional: Bogotá, 24-26 de noviembre de 1999. Próximo a publicarse.